

Deseo de ser *flâneuse*

Reflexiones de una andariega de ciudad

Purificació Mascarell

Lo que más me asusta de tener un hijo es dejar de estar sola. Sola conmigo misma. Y tener que dejar de andar sola por la ciudad. No conozco un placer más decantado que pasear en solitario por las calles de una urbe y pensar y observar y no tener otro objetivo ni mayor deseo que seguir avanzando libremente. La idea de que este divertimento íntimo toque a su fin me aterra. Hay algo inefablemente emancipador en el desplazamiento del cuerpo a través del decorado de la sociedad. El cuerpo se mueve, el decorado estimula y la mente se activa. Lo sabían bien los peripatéticos. Dejar de caminar sola por la ciudad implicaría pensar un poco menos. Y la conquista del pensamiento es tan reciente para nosotras, las mujeres...

La figura moderna y fascinante del *flâneur* surge ligada a algo que poseyeron primero los hombres, como casi todas las cosas del mundo: tiempo ocioso, tiempo para malgastarlo, para echarlo por la borda, para dilapidarlo a gusto de su dueño y señor. El narrador de «El hombre de la multitud», de Edgar Allan Poe, convaleciente de unas fiebres que le han mantenido alejado del mundo, pasa la tarde sentado tras el ventanal de una cafetería de Londres observando el ajeteo de colmena, de hormiguero, de la gran ciudad. Pierde, dulcemente, su tiempo. Y ese derro-



FOTOGRAFÍAS: PACO CERDÁ

che de tiempo le hace fijarse en lo que, atareado, alienado por las obligaciones rutinarias, nunca hubiera llamado su atención: un señor misterioso que parece ocultar algo turbio en su aspecto, ¿un crimen, tal vez? La imaginación del ocioso vuela y sus pies se ponen en marcha: persigue al extraño personaje durante veinticuatro horas a lo largo de cientos de calles. Exhausto, alucinado, lo deja ir. Ha conocido al Hombre de la Multitud, un ser que se alimenta del bullicio de la urbe y de la vorágine de sus habitantes en tropel.

Pero no solo se precisa de tiempo propio, exento de responsabilidades que exigen rendir cuentas a alguien que te controla o te espera (padres, marido, hermanos, novio, hijos...). Para ser un buen *flâneur* también se necesita absoluta libertad de movimiento: sin vetos a determinadas zonas o ambientes urbanos. El *flâneur*, además, debe hallarse en una situación vital lo suficientemente desahogada como para dejarse llevar por la despreocupación bohemía, que es el mejor trampolín hacia la efervescencia artística.

No sorprende que la escritora Lauren Elkin, en su libro *Flâneuse* (2016), reivindique el derecho de las mujeres a caminar solas por la ciudad: sin ese poderoso vagabundeo, la creatividad se encalla y no trasciende. Y ya nos enseñó Simone de Beauvoir cuán vital es la trascendencia para el sujeto femenino, sometido al rol de inmanencia que le asigna el patriarcado. Dejar de ser el objeto que los ojos ávidos del sexo contrario persiguen cuando pone un pie tras otro en la acera y convertirse en protagonista de la aventura. Los peligros a los que se ha expuesto y sigue exponiéndose toda mujer al caminar sola por la urbe los describe bien Rebecca Solnit en su imprescindible



libro *Wanderlust* (2000). La mujer que anda sin compañía es sospechosa para el sistema: por eso los tacones, los miriñaques, los corsés. Para andar poco y despacito. Por eso mis alumnas dicen que de noche, para ir de fiesta, se ponen zapatillas de deporte, por si hay que echar a correr.

Siempre uso en mis clases un cuento de Pedro Antonio de Alarcón, un autor que ya nadie lee, pero que alcanza cotas de altísimo interés en «La mujer alta» (1881). Este relato retrata la fobia masculina a la libertad de movimiento de las mujeres a partir de la obsesión enfermiza del ingeniero Telesforo, atemorizado desde pequeño por las féminas que andan solas por la noche en Madrid. El Telesforo adulto —que regresa de acostarse con su querida y de una timba donde acaba de arruinarse— se cruza con una anciana que se le antoja el diablo en persona, y a la que cataloga de bruja, hechicera, prostituta, proxeneta o travesti, describiéndola de la forma más repugnante posible. Porque camina y observa, esa vieja sabe demasiado de la doble moral del reputado ingeniero. Pero el lector la ve a través de la mirada del narrador del relato, Gabriel, y de su protagonista, Telesforo, y tenemos un autor al fondo, Alarcón. ¿Qué pudo sentir la mujer alta cuando una noche es acorralada y sometida a un violento cacheo para comprobar su sexo? No se nos cuenta: su vivencia del acoso se nos escamotea. Esto me permite explicar en

el aula el concepto de focalización en narratología. Pero también un poco de teoría literaria feminista.

Quizá la vieja nocturna y solitaria de Alarcón es la primera *flâneuse* de la narrativa española. Esa gigante fea y huesuda es mi antecesora en el placer de caminar de noche sola por las calles de Ciutat Vella, en invierno, regresando del teatro o del cine, arrebujada en mi enorme bufanda y gozando de la fugacidad de la existencia. ¿A quién no le gusta perderse por un buen entramado antiguo? A mí me atrapan las cavallerizas medievales de la calle Trinitaris, que casi nadie conoce; el arco de medio punto, puro gótico valenciano, del Portal de la Valldigna; el pastel gigante rococó que es el Palacio del Marqués de Dos Aguas; cada sillar noble de todos los palacios de la calle Cavallers...

Dicen que las ciudades modernas, trazadas a escuadra y cartabón por un arquitecto-demiurgo, destrozan la delicada subjetividad humana. Precisamos de curvas y recodos, de plazuelas ocultas, de inesperadas estrecheces, de inverosímiles callejones sin salida, a imagen y semejanza de las circunvoluciones de nuestro cerebro. La activista Jane Jacobs lo explica en *Muerte y vida de las grandes ciudades* (1961): hay que volver a construir como en los cascos antiguos, cuando comercio, vida, ocio y todas las clases sociales se entremezclaban en un espacio denso de huma-

nidad. El caos urbano es riqueza. El encanto del *flâneur* se esfuma en las ciudades-dormitorio, siempre muertas, creadas para ir en coche a todos lados, para no ver los rostros del Otro.

Al buen *flâneur* contemporáneo le interesa el urbanismo y sus implicaciones socioculturales. El periodista Sergio C. Fanjul se convirtió *motu proprio*, durante el verano de 2018, en Paseador Oficial de la Villa de Madrid, y las crónicas de su periplo por los veintiún distritos madrileños han sido reunidas en el recomendable volumen *La ciudad infinita* (2019). La editorial Blackie Books ha promocionado los libros del geólogo inglés Alastair Bonnet —*Fuera del mapa* (2017) y *Lugares sin mapa* (2019)— como «lo contrario a la Lonely Planet». Pues bien, el libro de Fanjul se sitúa exactamente en las antípodas de todos los dispositivos textuales destinados al turismo envilecedor. El Paseador recorre la ciudad en sus contradicciones, fealdades, monotonías, fracasos, sorpresas e incoherencias. La descripción de atmósferas urbanas se salpimenta de lúcidos comentarios sobre la precariedad laboral, la evanescencia de la juventud, la realidad de la inmigración o los prejuicios de clase. Fanjul es el *flâneur freelance* de la era Glovo.

Yo también observo a los que intentan sobrevivir cargados de mochilas amarillas sobre sus bicis a toda velocidad. Y a los turistas japoneses, al anciano perdido en otra época, al que va a su rollo con cascos enormes, al rumano que recopila pacientemente chatarra de los contenedores, al de la corbata y el maletín cargado de deudas, a la musulmana que arrastra varios críos, al que duerme en un portal, a la animosa chica que intenta convencernos para ayudar a una ONG, a las señoras del bótox que meriendan tristes... Refulgen los versos de César Vallejo: «Un cojo pasa dando el brazo a un niño. ¿Voy, después, a leer a André Breton?».

La ciudad está compuesta fundamentalmente de dos elementos interrelacionados: personas y construcciones. Crecí en un bloque de pisos del desarrollismo franquista, de protección oficial de los sesenta, rematadamente humilde y repleto de vidas. Ahora se está quedando semivacío, con sus habitantes autóctonos ya envejecidos. Los más **jóvenes** que lo pueblan son inmigrantes: una familia búlgara, otra dominicana. Ellos sí aceptan con alegría las viviendas que a nosotros ahora nos parecen feas y pequeñas. Imagino que algún **día** tumbarán el insignificante inmueble y se construirá sobre su solar una finca nueva. Las casas de los trabajadores nunca se preservan para la poste-

ridad, llevamos siglos demoliéndolas y empujándolas cada vez más lejos del centro. Así su existencia se hace menos evidente, y también la de sus vecinos.

Desde que el barón Haussmann, a mediados del XIX, deslumbró a medio mundo con su apuesta por las grandes avenidas en París, la ciudad moderna se concibe amplia, alta y recta, ideal para el desplazamiento en vehículo rodado y empequeñecedora del don nadie que es el viandante. Por eso hace ochenta años se inició la construcción de lo que iba a ser la «Gran Vía» valenciana: la Avenida del Oeste, que pretendía seccionar la ciudad vieja hasta alcanzar el río Turia, pero se quedó, afortunadamente a medio camino de conseguirlo, justo a la altura del Mercado Central, en una especie de *coitus interruptus* urbano en el corazón de València. Supuso tumbar centenares de casas tradicionales de pescadores para construir esos mastodontes de estilo racionalista que tanto me gusta admirar, plagados de guiños *art déco* en sus fachadas —ahora de aspecto *vintage* un tanto decadente; en su momento, el colmo de la modernidad—. Y todo por obra de Francisco Javier Goerlich Lleó, arquitecto mayor del Ayuntamiento de València entre 1922 y 1956, un hombre que fue al siglo XX valenciano lo que Santiago Calatrava al XXI, pero sin sobrecostes vergonzantes ni desmoronamiento de azulejos a los pocos años.

Paseo, pues, por la Avenida del Oeste y me detengo ante un diminuto escaparate que siempre me encandila: la





cuchillería de Vicente Prieto, con sus cientos de fillos en ristre. Ante los comercios tradicionales siempre abro mucho los ojos y contengo un poco la respiración. He visto echar el cierre a tantos que necesito embeberme de la visión de los que todavía resisten para cuando en su lugar pongan otra gofrería de nombre impronunciable y empleados precarios de quita y pon. Las franquicias de iogurt helado, *cupcakes* de colores o alquiler de monopatinos eléctricos resultan perfectamente inútiles para los vecinos, pero hacen las delicias de los turistas que igual les da estar en València, en Viena o en Dublín: les tranquiliza moverse en el mismo contexto conocido allá donde vayan. No son *flâneurs*, son una marabunta que borra a su paso las identidades locales y las sustituye por un gofre cargado de euros y *toppings*.

Regreso lentamente a casa por las callejuelas oscuras del Carmen, que son una delicia absoluta en invierno, y pien-

so en el deseo de las mujeres por deambular en libertad, por ocupar espacio público para ganar en desarrollo interior, por observar la vida y reflexionar. El título del ensayo de Anna María Iglesias indica el significado revulsivo que posee este acto tan humano, tan sencillo como simbólico, de poner un pie tras otro: *La revolución de las flâneuses* (2019). Entro en mi apartamento y pienso en todas las mujeres del planeta que todavía no pueden ejercer su derecho a andar sin barreras y sin miedos, al poder metafórico que posee una mujer que camina sola, en cualquier lugar del mundo, combatiendo la impuesta vulnerabilidad mediante los valores que supone el movimiento: visibilidad, autonomía, independencia, resolución, destino... Tener un destino propio y pugnar por él, de nuevo Simone de Beauvoir. Me convengo de que la imagen más potente de la emancipación femenina es la de una mujer caminando sola. ■ ■